

El arte del débil: tácticas y estrategias juveniles

Zeyda Rodríguez Morales
Universidad de Guadalajara

Se ha vuelto casi un lugar común la afirmación “los jóvenes no son escuchados”. La frase asume la expresión de una voz, lo cual implica una voluntad, la intención de un sujeto que busca interferir en el transcurrir social, que produce un sentido originado en sus propias aspiraciones y deseos y que es excluida, echa a un lado por sus posibles interlocutores.

En primer término me pregunto, ¿quiénes hablan sobre los jóvenes?

Lo más común al hablar acerca de los jóvenes es hacerlo desde la mirada adulta que enuncia su preocupación por su futuro como sociedad tanto en términos de quienes consideran urgente remediar los males que les aquejan (drogadicción, pandillerismo, delincuencia, enfermedades de transmisión sexual y embarazos prematuros), como de quienes tratan de proveerlos de recursos para su mejor desarrollo (educación, preparación para el trabajo, acceso a la cultura, vigilancia de sus derechos). En términos generales, estos esfuerzos asumen que los jóvenes están siendo severamente marginados de una sociedad que en los hechos no los considera ciudadanos.

Por lo que toca al tema que yo he investigado –las relaciones amorosas entre jóvenes urbanos de estratos medios–, me parece evidente que el uso del cuerpo y las normas que rigen la afectividad son terrenos en los que se expresa nítidamente el conflicto. En las últimas fechas, y especialmente desde que el Partido Acción

Nacional ha llegado al poder en nuestro país, estas disputas se han manifestado con mayor claridad. En general, las políticas dirigidas hacia ellos son orientadas casi siempre al control de la desviación, el fomento de la abstinencia, la demarcación de límites, el no acceso a la información –pues se supone que el conocer despierta el deseo–, etc., con el propósito de dilatar o retardar el ingreso de los jóvenes al ejercicio pleno de sus libertades: de relación, de reunión, de conocimiento, de uso del cuerpo, entre otras que se conciben como exclusivas de la edad adulta.

Pero, ¿cuáles son las condiciones reales en las que viven los jóvenes? Su situación en términos estructurales, como se ha mostrado en múltiples estudios,¹ no es nada halagüeña. Su presencia en las universidades y en trabajos bien remunerados y acordes con el campo en el que se formaron, la constituyen verdaderas excepciones. Se sabe que menos de la mitad de los jóvenes estudian, más de la mitad trabajan y lo hacen en actividades casi totalmente desvinculadas de los estudios que realizaron. Se desempeñan principalmente en puestos de tipo manual, con una baja jerarquía en su situación laboral, en condiciones de informalidad y ganando muy poco.

El presente es muy difícil y el futuro se avizora aún peor. El desarrollo de sus vidas tiende a transcurrir dentro de un ambiente en el que las expectativas de movilidad social no se problematizan, tienen un bajo perfil de participación social y política, y poseen una noción pasiva sobre “ser ciudadanos”. Simbólicamente, la representación social de los jóvenes se condensa en el estereotipo producido desde algunas instituciones como la escuela y la policía, en el que “ser joven” es ser irresponsable, proclive a la delincuencia, al consumo de drogas, alcohol, etcétera.

Volviendo al asunto que mencioné al principio, ¿cómo se expresan los jóvenes a los que he hecho alusión?

Su acción es normalmente individualizada, atomizada, más bien discreta; han preferido pasar desapercibidos y abandonar cualquier intención protagónica. Lejos han quedado las acciones colectivas y los ímpetus revolucionarios de los sesenta, aunque

1. Instituto Mexicano de la Juventud. *Jóvenes mexicanos del siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000*. México: IMJ, 2002.

2. Michel de Certeau. *La invención de lo cotidiano*. Artes de hacer. México: Universidad Iberoamericana, 1996.

3. *Ibid.*, p. 43.

4. Zeyda Rodríguez Morales. *Relaciones amorosas entre jóvenes: sentimientos y experiencias en reconfiguración*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2004. (Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales).

eso no implica la absoluta aceptación del orden institucional. Siguiendo a Michel de Certeau, parto de la idea de que existen maneras de hacer, maneras de habitar y maneras de hablar que distinguen a unos sujetos de otros.² En el caso de los jóvenes, éstos despliegan estrategias y tácticas frente a la reglamentación social y moral que desafían los cánones del comportamiento “correcto” o “propio”, tanto en su actuar en el espacio público como en sus vidas privadas, afectivas especialmente.

Viendo así las cosas, es posible notar que los jóvenes se protegen unos a otros dentro de sus grupos de pares, se ocultan, se disfrazan, engañan la mirada de quien los observa. Como señala el mismo De Certeau, la táctica es un arte del débil, quien “...necesita utilizar, vigilante, las fallas que las coyunturas particulares abren en la vigilancia del poder propietario”.³ De allí el título de este trabajo.

En este sentido, la resistencia que presentan los jóvenes en diferentes ámbitos de sus vidas revela al menos dos niveles: el primero de ellos *institucional*, haciendo explícitas las normas al seguirlas o violarlas; el segundo *subinstitucional*, desarrollando estrategias que buscan apropiarse de poderes monopolizados por los adultos, por ejemplo, ejerciendo su sexualidad antes de casarse, usando drogas, circulando por la ciudad o “colonizando” la noche.

El primer nivel permite ver los límites que el contexto social y cultural define, el segundo, posibilita asomarnos a los márgenes que los mismos jóvenes se hacen ampliando las fronteras de lo posible.

¿Cómo ocurren estos procesos en el ámbito amoroso específicamente?

En la investigación que yo he realizado, me centré en los jóvenes urbanos, a los que se ha llamado “incorporados” por estar medianamente insertos en la escuela y el trabajo, así como por estar en contacto con manifestaciones de la modernidad que una gran ciudad posee (tecnologías vinculantes como internet y teléfono, medios masivos de comunicación, secularización y anonimato crecientes).⁴

La elección de este sector tuvo que ver con el deseo de explorar sus posibilidades para producir cambio

cultural, pues resultaba interesante analizar si los jóvenes con acceso a educación superior o técnica, que hipotéticamente constituirían la punta de lanza de este cambio de época en el que las tecnologías tienen un papel fundamental, incorporaban en sus vidas los cambios sociales, especialmente en lo que concierne a su vida afectiva.

En sus relaciones amorosas se constató que, en paralelo a los proyectos que implican la constitución de una pareja y la fundación de una familia, ocurre un proceso de mayor individuación que les permite, por ejemplo, concebir en el futuro proyectos profesionales como estudiar, trabajar o viajar.

Como se sabe, la noción de reflexividad, debida al sociólogo Anthony Giddens, forma parte ya del repertorio obligado de conceptos para hablar de subjetividad o identidad en las disciplinas sociales.⁵ En consonancia con eso, los jóvenes, como cualquier otro sujeto, intentan mantener una crónica biográfica coherente que los obliga a desarrollar la capacidad de definirse a sí mismos. Es común que expresen su deseo por ser independientes, autosuficientes, racionales y felices.

En las relaciones amorosas entre ellos se asume también esta tarea y tratan de superar estructuras tradicionales que les parecen retrógradas. Así, es cada vez más común que la duración de la relación dependa de la duración del sentimiento; que el matrimonio se posponga lo más posible; que los roles en la pareja sean producto de la negociación; que la fidelidad adquiera diversos matices; que la expresión de los sentimientos sea cada vez más abierta; que la sexualidad sea parte importante de la relación y que el deseo de tener hijos, en caso de desearlos, los ubique en un futuro lejano.

Por otra parte, la actitud que los jóvenes asumen se caracteriza por circunscribirse al ámbito privado, pues en general las acciones que desarrollan son concebidas sin ninguna repercusión en el dominio de lo público. El proyecto personal parece ser experimentado como un reducto de poder en el que es

5. Anthony Giddens. *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península, 1997.

6. Siguiendo a Alain Touraine, el concepto de "sujeto" implica la producción de sentido, el proceso voluntario de subjetivación que implica la actuación para la rearticulación de la instrumentalidad y la cultura, la adquisición de una identidad individual que se define por lo que se hace y lo que se valora. Ver Alain Touraine. *El regreso del actor*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, de 1997, pp. 65-68.

posible la trasgresión a las reglas sin incidir en el escenario cultural más amplio. Concebirse como autores de grandes transformaciones en el terreno de lo amoroso y lo sexual, implicaría que los jóvenes se concibieran como un *sujeto* en el sentido sociológico de la palabra,⁶ como individuos capaces de proponer un proyecto histórico al respecto de la experiencia afectiva.

De entrada, se podría suponer que lo amoroso es uno de los campos donde el individuo se coloca más decididamente para dar la batalla ante una situación de exclusión social y cultural. De hecho, podría plantearse que el amor "empodera" al sujeto, le devuelve parte de la dignidad perdida en esta época de desilusión. Y esto es así, pues lo que los anima es justamente el deseo, la sexualidad; una pulsión por obtener felicidad, como afirmara Freud.

En este sentido, jóvenes que se encuentran en condiciones precarias en los ámbitos educativo, laboral, político, legal, se sentirían con mayor capacidad de control sobre su vida íntima. Estudios cuantitativos y cualitativos muestran que los jóvenes reproducen viejos esquemas y patrones culturales recreándolos al mismo tiempo. Satisfacen las exigencias del discurso ortodoxo vigente, mientras ejercen su sexualidad y ponen en marcha sus sentimientos en formas novedosas, todas ellas escondidas tras la protección que otorga la intimidad y que manifiesta la emergencia de un nuevo imaginario amoroso.

Prácticas como el no protegerse en forma deliberada al tener relaciones sexuales, el embarazarse a propósito como una forma de reconocimiento social o tener relaciones amorosas paralelas, son síntomas de la emergencia de nuevos mecanismos de obtención de poder en el espacio en el que aún es posible ejercerlo.

En una labor que se podría llamar "artística" y en la que su capacidad reflexiva es fundamental, los jóvenes combinan dos tipos de saberes, el aprendizaje de sus padres y el de su grupo de pares, tratando de compatibilizar sus contenidos de alguna manera, dado

que sostenerse en las contradicciones produce angustia y culpa. En este sentido, los planteamientos sobre un nuevo imaginario se hacen desde la perspectiva de “lo posible” culturalmente hablando, fenómeno que impide la instauración de otro imaginario radicalmente distinto al anterior.

En la investigación que he llevado a cabo encontré que las maneras particulares en que los jóvenes reconfiguran el saber sobre lo amoroso, se inscriben mucho más en el terreno de sus prácticas y no necesariamente se manifiestan discursivamente, lo que implicaría un proceso de asimilación o concientización más profundo.

De este modo, no se constata la formulación de una nueva cultura afectiva en toda la extensión de la palabra. Los jóvenes estarían produciendo una cultura que se podría llamar “emergente” siguiendo el concepto propuesto por Rossana Reguillo,⁷ cuya esencia es más bien de tipo práctico y en la que cualquier esfuerzo por generar un saber sistemático, coherente u ordenado se encuentra por fuera de sus aspiraciones existenciales.

Lo que encontramos entonces es que el papel que los jóvenes tienen como agentes, a la luz de las cosas analizadas aquí, se enmarca fundamentalmente en el ámbito de lo individual y no en la conformación de un nuevo “sujeto colectivo” que actúe como punta de lanza del cambio cultural. Alain Touraine ha llamado a esto “rebeldía íntima”.⁸

Volviendo a la cuestión enunciada al principio, ¿es posible pensar a estos jóvenes como un sujeto que, a su vez, posee una voz?

En lo que concierne a los jóvenes incorporados, se puede afirmar que no. No son un conjunto cohesionado uniforme u homogéneo, y sus estrategias de resistencia son individuales aunque se comparta el saber que las convoca. Sus estrategias y tácticas no son tan visibles ni tan explícitas como las adoptadas por las llamadas “culturas juveniles” que han sido y siguen siendo objeto de estudio de una importante tradición dentro de los estudios sobre juventud.

7. Rossana Reguillo. “Las culturas emergentes en ciencias sociales”. *Pensar las ciencias sociales, hoy*. México: UTECSO, 1999.

8. Touraine. *op. cit.*

9. Michel Maffesoli. *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria editorial, 1990.

En concordancia con esto, la noción de *tribu* planteada por Michel Maffesoli⁹ no representa una práctica entre estos jóvenes, a excepción de los casos de hombres y mujeres homosexuales. En el resto de los jóvenes, la reflexividad es una práctica que se manifiesta en términos individuales, como un proceso personal que se comparte entre amigos de distintas situaciones y condiciones sociales y a los que no caracteriza poseer “una voz”.

Volviendo a la cultura afectiva, es posible sostener que los cambios entre los jóvenes no son generalizados ni ocurren todos en la misma dirección. Por ejemplo, podría pensarse que la ruta del cambio es hacia una mayor liberalización de las prácticas y de los valores, pero no necesariamente esto es así. Una mayor secularización no implica la desaparición de valores tradicionales, sino la emergencia de otros que coexisten con los anteriores. En este sentido, la defensa de algunas prácticas (como casarse por la Iglesia) bien puede constituir, más que el seguimiento de una regla, una decisión individual y consciente.

Como había dicho antes, los cambios que los jóvenes protagonizan se caracterizan por su sutileza, rara vez adoptan una actitud de abierta beligerancia; prefieren el desarrollo de tácticas y estrategias, lo que De Certeau llama “el arte del débil”. Tal vez esto es así porque confrontarse con cualquier autoridad mediante batallas abiertas es una decisión mucho más costosa en términos individuales, morales o afectivos.

No sobra decir que en el proceso de la resistencia, unos jóvenes más que otros presionan los límites establecidos por la cultura dominante logrando ampliar los márgenes de su acción. La fuerza del carácter, el temperamento, juegan también su papel.

De estos elementos depende el tamaño de los márgenes que los jóvenes se hacen para ser vistos y escuchados por sus “otros” más cercanos. La manera creativa, artística, en que cada uno se va *haciendo una vida*, retando o aceptando los límites, muestra la complejidad de este proceso en el contexto cultural contemporáneo.